

EL MENSAJE DE RODRIGUEZ DE LA FUENTE

JUAN ALDEBARAN

FELIX Rodríguez de la Fuente ha sido, dicen los especialistas, un auténtico hombre de ciencia, un investigador, un descubridor en el terreno de las Ciencias Naturales. Fundamentalmente, era un hombre-televisión. Sean cuales sean sus valores científicos, o lo que quede de huella y de innovación de su obra en la historia de la relación del animal con su medio y con el hombre, nada hubiera valido, probablemente, de no incorporarse, de no formar cuerpo, con el medio de que se valía: la televisión. Hay tan escasos valores de este orden en España y es tan importante esa capacidad, que su desaparición, en pleno trabajo, resulta de una gran trascendencia.

La televisión tiene, probablemente, mucha importancia en la transferencia de ideas y opiniones sobre el hombre-masa, si es que esa idea no es una ficción inventada por los psicólogos de finales del siglo pasado y principios de éste. Pero es un medio frío y olvidadizo. Quizá la facilidad con que se le contempla, la escasa participación del espectador —la lectura es una participación y un esfuerzo; ir al teatro o al cine lo es también, y requiere un gasto y una movilización— hace que una gran parte del mensaje inducido se pierda: afortunadamente. Sobre todo cuando se realiza con la falta de técnica interna con que habitualmente se hace en España. Cuando la técnica es buena, profesional, la mayor parte del mensaje se graba en el espectador-auditor: es el caso de los telefilms americanos —la primera parte de "Raíces", los personajes de "Hombre rico, hombre pobre", la serie "Con ocho basta", etcétera—. Aunque se borre rápidamente con un contramensaje emitido después. Rodríguez de la Fuente venció la frialdad y el distanciamiento de la televisión: se metió en las casas de los españoles y les habló como directamente.

Cualquier análisis objetivo de la imagen de Rodríguez de la Fuente diría que era, en principio, mala. Su rostro no era parti-

cularmente atractivo; su dicción era falsa; su prosodia, defectuosa. Pero hay un valor que califica y determina imagen y palabra: la convicción y el entusiasmo. Rodríguez de la Fuente creía en lo que decía. Se está viendo diariamente cómo presentadores de programas con cualidades externas se pierden porque no tienen ninguna convicción, porque se les ve que no creen en lo que están transmitiendo. Esta virtud de la convicción la tienen pocos: con Rodríguez de la Fuente la compartirían, por ejemplo, Quadra Salcedo o Pérez de Tudela —independientemente de la importancia de lo que transmitían—. Son capaces de convertir en cálido el medio frío. Podría citarse también al doctor Rosado, auténtica bestia televisiva; su fracaso se debió a otras razones. La convicción, la creencia en el mundo de lo que informaba, el apasionamiento, transformaban rostro y palabra de Rodríguez de la Fuente hasta darles un enorme atractivo.

Este poder de convicción es, evidentemente, un riesgo. Lo fue en cierto momento de Rodríguez de la Fuente. Hubo una serie, "Planeta azul", todavía realizada en gran parte con material comprado al extranjero, en la que Rodríguez de la Fuente insertó un mensaje de carácter político, tomado de una escuela científico-filosófica que estaba de moda: la de Konrad Lorenz y sus tesis sobre la agresividad, el sentido de propiedad, la lucha de todos contra todos. La idea está en la comparación del mundo animal con el humano, lo cual parece partir de un error inicial: si la evolución animal se ha hecho en un sentido de finura corporal, la de la especie humana se ha realizado mediante un desarrollo del cerebro. La perfección del reino animal se realiza sobre sí mismo; la del hombre, sobre su entorno —la herramienta, el hábitat fabricado, etcétera—. Todo este grupo de ideas procedía ya del siglo XIX y, especialmente, de Darwin, que con sus dos bases

esenciales, la de la supervivencia del más fuerte en todas las especies y, sobre todo, la lucha por la vida ("struggle for life"). De esas constataciones científicas, todavía sin matizar y sin experimentar hasta el fondo, salieron filosofías y salieron, también, políticas. Irían por distintas ramas, pero una de esas ramas fue el nazismo. Cuando Konrad Lorenz las resucitó, con toda una escuela alemana que había estudiado minuciosamente el comportamiento animal, no pensaba en resucitar el nazismo, sino que probablemente, y quizá en su inconsciente, trataba de justificar al pueblo alemán de todo aquello que parecía acusarle. Es indudable que la idea de territorio propio podía identificarse con el "espacio vital" de Hitler: si era un instinto de todos los animales, y también de los hombres, los alemanes no habrían hecho más que seguirlo. Rodríguez de la Fuente cayó en esta trampa al pretender ser filósofo de la Biología. La defensa de la propiedad llevada



Félix Rodríguez de la Fuente, acariciando a un lobo.



Como creía lo que decía, contagiaba su amor por la Naturaleza, especialmente los animales.

hasta el último límite, la agresividad como inscrita en el código genético, la guerra como parte de la lucha por la existencia, aparecieron, entonces, al considerar al hombre como parte del reino animal.

Todo esto daba un carácter curiosamente inverso a aquellas primeras investigaciones y comentarios. Hasta entonces se había sufrido en todo lo que era divulgación naturalista de un error contrario: humanizar a los animales. Era el problema esencial de Walt Disney, no sólo con sus dibujos animados, sino con las series documentales sobre la vida animal, que también transmitió con abundancia Televisión Española: el montaje, la conducción del animal domesticado o salvaje, pero estimulado por los realizadores, equivocó el contenido científico. Quienes recibían ese mensaje se formaban una idea antropocéntrica del mundo animal. Era un desconocimiento, una anticultura. Rodríguez de la Fuente, siguiendo la escuela alemana —que hoy está muy desprestigiada—, hizo lo contrario: considerar al hombre como un elemento más de la fauna.

Pero ese tema pasó. Como pasó el tiempo de recibir material extranjero que le condicionaba: se dedicó a investigar personalmente, a filmar personalmente. Supo formar un equipo valioso dentro de la televisión. Y, finalmente, en sus últimas series, Rodríguez de la Fuente hizo el verdadero hallazgo de su carrera, y el que más podría servirle al espectador español: situar al animal, a cada animal, por sí mismo. En relación con una conducta genética, en relación con un hábitat propio y elegido (o a la inversa: el hábitat, con sus condiciones de alimento y resguardo,

selecciona a sus propias especies). En un tiempo en el que la ecología se salía de cauces, Rodríguez de la Fuente ayudó a centrarla dentro de las realidades intrínsecas. Es probable que algunas acusaciones contra lo que se llamaron sus "trucos" fueran reales: el montaje en la moviola daba orden y secuencia a escenas que probablemente no existían como tales en la vida real. Pero, en realidad, esto no es un truco, sino un oficio, un requerimiento del medio, si lo que se presenta como consecuencia es una realidad, o la mejor aproximación posible a esa realidad. Solamente serviría para añadir valores a Rodríguez de la Fuente como hombre-televisión: si la calidad positiva de su imagen se hacía válida por su convicción, el valor de lo filmado y la inteligencia del montaje serían hechos positivos con los que hacía válido el mensaje, con las condiciones precisas para el medio televisivo que utilizaba magistralmente.

El mensaje era, simplemente, éste: amor a los animales, considerados como tales animales, en su estricta condición específica; amor a la Naturaleza como terreno propio del hombre y del animal. Sería necesario subrayar que este mensaje estaba tratado como por lo que era principalmente Rodríguez de la Fuente: un periodista, un reportero. Su muerte ha sido la de un periodista, filmando una escena viva y real para llevarla al público. Este periodista ha trabajado en el campo de la información y en el campo adyacente de la cultura. Cultura es todo aquello que amplía el conocimiento del hombre sobre sí mismo, sobre el mundo que le rodea y sobre sus relaciones con ese mundo. ■ Fotos: EFE.



PREMIO HOLANDA 1980

En el edificio PHILIPS, en Madrid, se ha fallado el XII PREMIO HOLANDA, fase española del Concurso Europeo Philips para Jóvenes Científicos e Inventores, que organiza dicha entidad en colaboración con la Cadena SER, con objeto de fomentar entre la juventud española la afición por la investigación y la ciencia.

Fueron presentados un total de 95 trabajos, de los que son autores jóvenes en edades comprendidas entre los diez y veintidós años.

De la totalidad de trabajos presentados fueron seleccionados once para la final, por un Comité Clasificador, compuesto por relevantes personalidades de la ciencia española.

Reunido el Jurado Nacional, en el que estaban representadas las distintas Universidades españolas a través de sus rectores y vicerrectores, conversaron con los jóvenes autores de los trabajos finalistas y estudiaron éstos, en sesiones de mañana y tarde, procediéndose a distintas votaciones para otorgar los siguientes premios:

- Dos primeros premios de CIENTO MIL PESETAS cada uno.
- Los ganadores de estos dos primeros premios representarán a España en El Nobel de la Juventud, que tendrá lugar en el próximo mes de mayo en Amsterdam, y en el que serán proclamados "los mejores científicos jóvenes de Europa" entre los representantes de 14 países.
- Dos segundos premios de CINCUENTA MIL PESETAS cada uno.
- Dos terceros premios, dotados con VEINTICINCO MIL PESETAS cada uno, y cinco accésits de DIEZ MIL PESETAS.

La entrega de premios tuvo lugar en el salón de actos del edificio PHILIPS, bajo la presidencia del excelentísimo señor ministro de Universidades e Investigación.

Al finalizar el acto pronunciaron unas palabras don Enrique M. Meijer, director general de Philips en España, y don Marcos Rico Gutiérrez, director general de Política Científica del Ministerio de Universidades e Investigación, que actuó también como presidente del Jurado Nacional. Los jóvenes ganadores del primer premio explicaron públicamente sus trabajos, cerrando el acto el ministro de Universidades e Investigación, que junto con el embajador holandés y el director general de la SER, don Eugenio Fontán, y las personalidades antes citadas hicieron la entrega de premios.



Los dos ganadores del Premio Holanda 1980, sección española del Concurso Europeo Philips para Jóvenes Científicos e Inventores, con (de izquierda a derecha) don Ramón Varela, director adjunto de la Sociedad Española de Radiodifusión; el director general de Investigación y presidente del Jurado Nacional, el ministro de Universidades e Investigación, don Joachim L. Goedhart, embajador de los Países Bajos en España, y don Enrique M. Meijer, presidente ejecutivo de Philips en España. Los nombres de los ganadores son (también de izquierda a derecha) José Feliciano Moreno Méndez, con un trabajo titulado "Mis Investigaciones sobre la Sábena Santa", y Luis Dosempo Pérez, con un trabajo titulado "El tritón y su mundo" (Triturus Marmoratus).